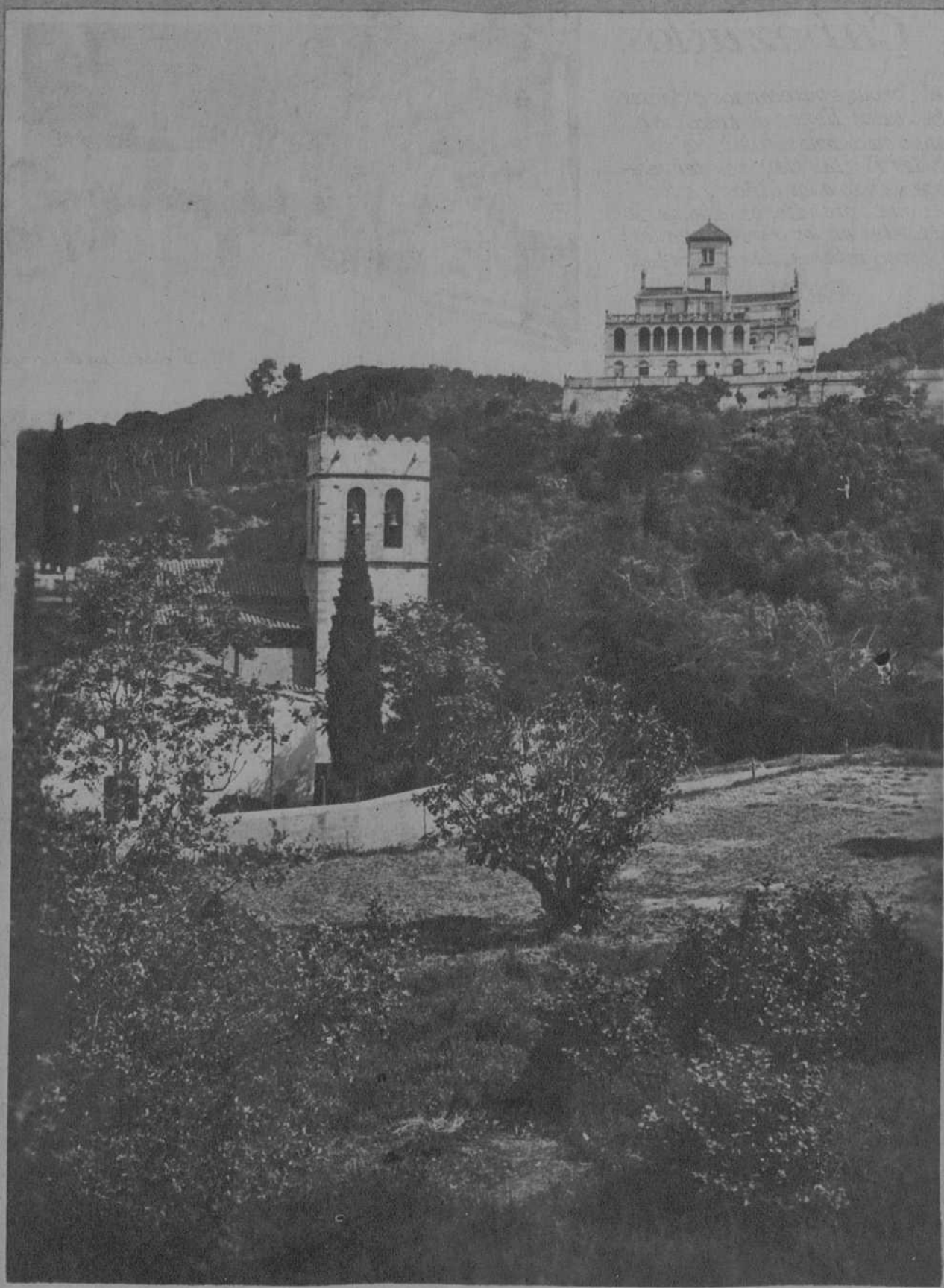


N.º 8. Páginas Extraordinarias de *El Día Gráfico*. 16 Mayo. 1926.



• VALLVIDRERA •

*La iglesia de Vallvidrera y la "Vila Joana, donde murió el gran poeta Verdaguier. (Fot. Comella).*

# Gigantes y Cabezudos.

Con el Corpus, aparecen los gigantes y cabezudos, llenos de tradición, bailando su danza secular. Ya no dejan las Fiestas Mayores del verano, encantando a los niños y a los poetas que aprendieron a amar a los gigantes en los versos que les echó como rebama. Juan Marañón.



Los cabezudos de Tarragona.



La tradicional "Aguila" exhibida durante los días del Corpus en Girona.



Gigantes y cabezudos de Siles.



Los tres gigantes de Mataró



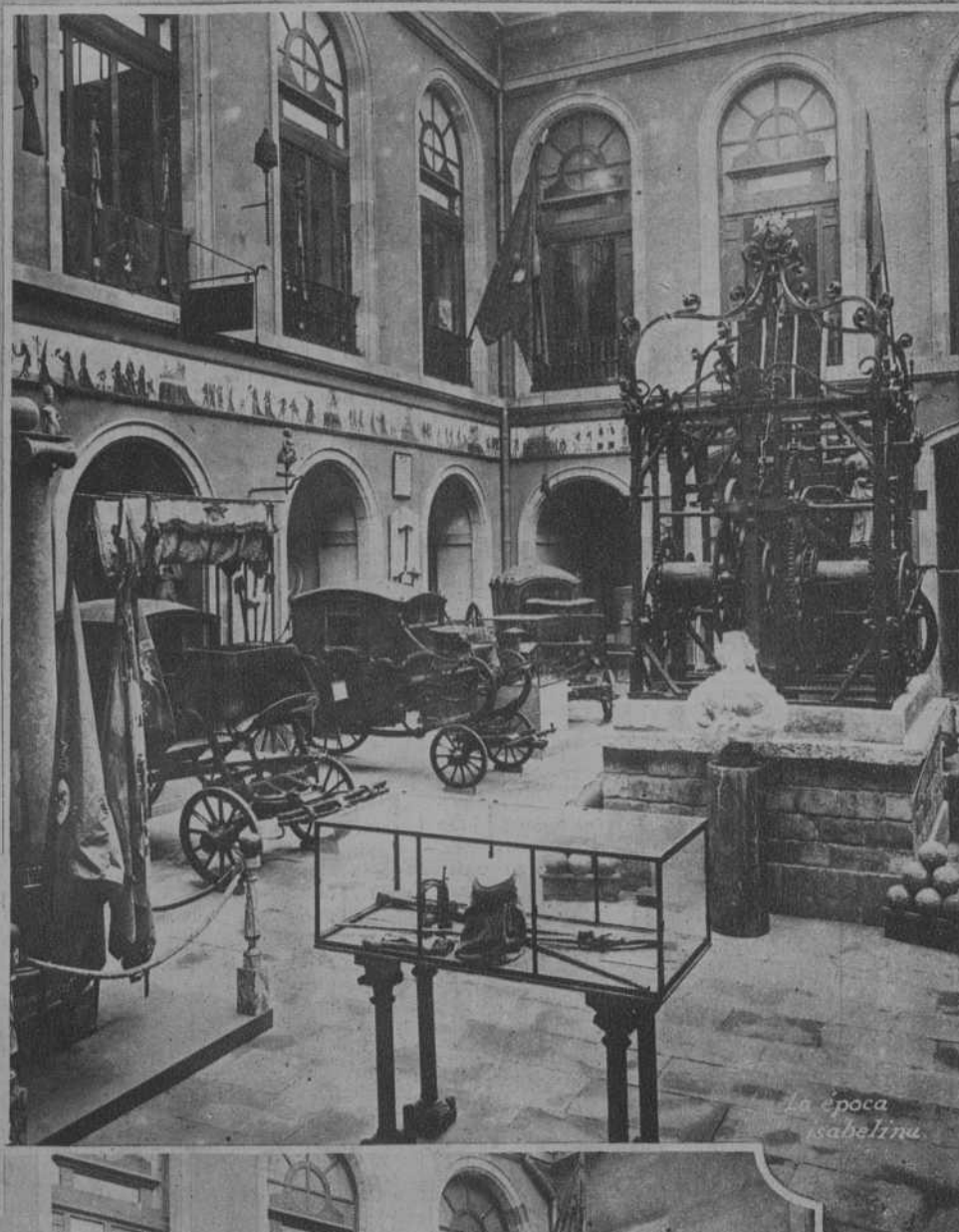
Los gigantes de Mataró

## *El Patio del Museo de la Ciudadela.*

*En el patio de nuestro Museo se ha iniciado el que podríamos llamar pequeño museo de recuerdos barceloneses. Allí están las reliquias del siglo XIX, cañones, andas religiosas, banderas, carrozas, hierros, armas y enseñas gremiales, todo lo necesario para servir de base al Museo Carnavalet de Barcelona.*



*Recuerdos religiosos.*



*La época isabelina.*

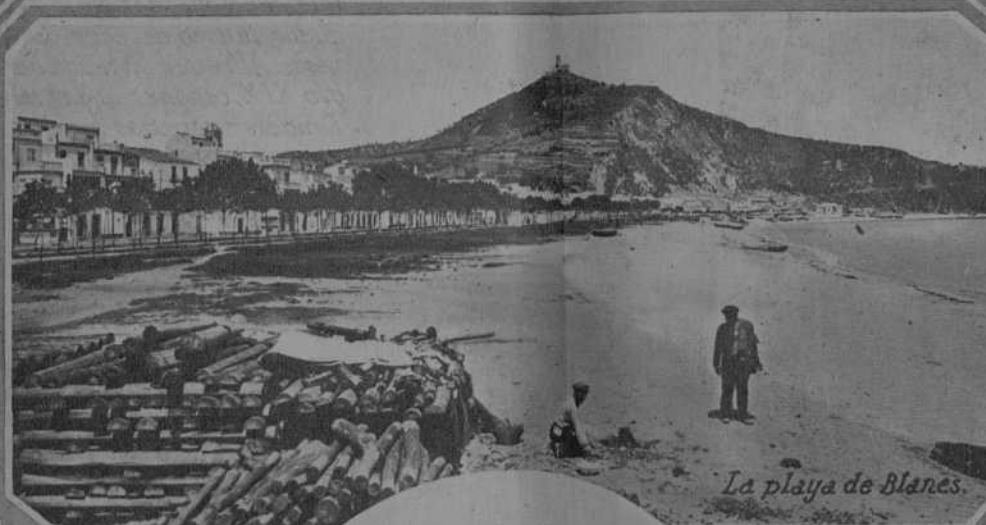


*Gran reloj del año 1576 que estaba en la Catedral de Barcelona.*

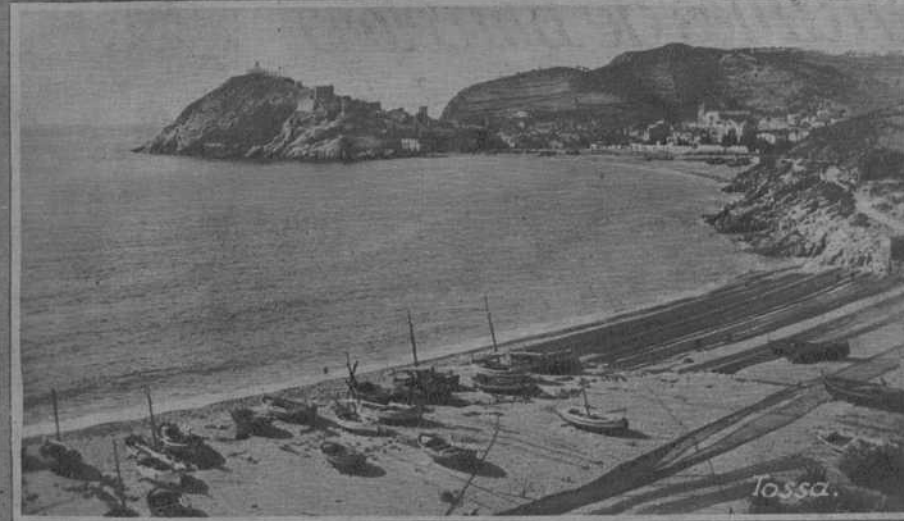
# La Costa Brava



Lloret de Mar.



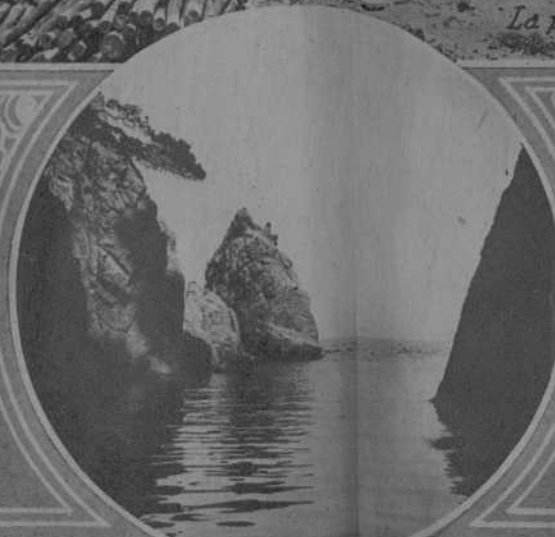
La playa de Blanes.



Tossa.



Los "gegants" de "Cala Marquesa" en el cabo de San Sebastián (Palafrugell).



Cala de San Feliu de Guixols.



El cabo de Estarlit.



La Escala. Una cala, y al fondo, Ampurias.



La playa de Llafranch.

Comienza con las tibiezas de Mayo, el prestigio del mar para las gentes ciudadanas, y la Costa Brava, inicia su atracción. Muy galante y muy urbana, se amansa y desde Lloret de Mar al cabo de Creus, su furia invernal, se convierte en espectáculo, para los amantes de los acantilados y de las calas y en caricia para los bañistas.



Cadaqués.

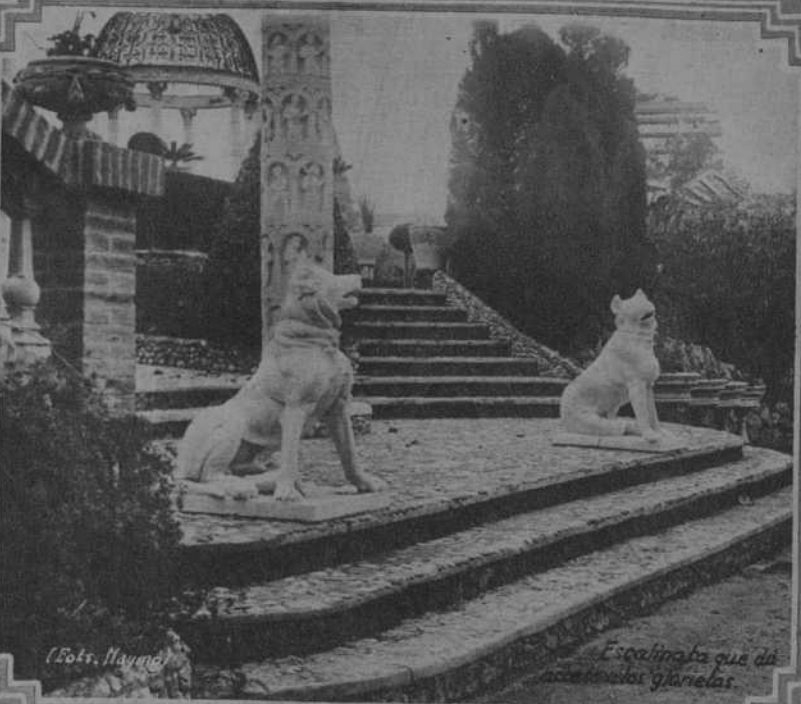
*Jardines de Barcelona*  
*La Torre dels Pardals.*



*Aspecto de la entrada.*



*Uno de los surtidores  
 del jardín.*



*(Foto. Maynés)*

*Escalera que da  
 acceso a las glorietas.*



*Glorieta de estilo  
 romano.*

*El Monasterio de Vallbona de les Monjes, en la Provincia de Lérida.*



*Tumba de la mujer de Don Ramón de Tosalla.*



*En tiempos del rey Don Jaime I, el señor feudal de Guimerá, fundó este monasterio, instalando en él a las monjas cistercenses. En el siglo XV construyóse el cimborio que es prototipo del gótico catalán.*

*Tiene en el interior unos claustros de diversas épocas y una sala capitular gótica de alta bóveda. Son notables los sepulcros de la iglesia, entre ellos los del señor feudal de Guimerá, Don Ramón Alemany de Tosalla, y de su esposa, que el pueblo denomina, respectivamente, "Lo repós del feudal" y "La dama del feudal".*



*Tumba de Don Ramón Alemany de Tosalla.*



*Tumba situada en la plaza.*



*Labrador de Cataluña.*

*La Colección  
de figurines  
dumentaria,  
mundo y  
el Archivo*



*Monestrada de Cataluña*

*Massana,  
y obras de in-  
única en el  
situada en  
Histórico  
Municipal.*



*Menestral de Cataluña.*



*Sala principal de  
la Biblioteca Massana.*



*Grabado por  
Simon Folke. (La Hoya).  
Emanuele Filiberto  
detto Testa di Ferro*



*Monsieur le Marquis de La Valliere*



*Duque de Savoia. Milán 1839*

# HUYENDO DEL MAL

por VALENTIN DE PEDRO

## I

Aquel era el momento oportuno para el viaje a Europa. Se conciliaba un antiguo deseo, acariciado día a día, durante años, con la solución de un problema que amenazaba tener unas derivaciones inaceptables.

—Demos una vueltita por Europa—decía doña Isolina—; así las muchachas se divertirán y Gonzalito se curará de esa mala pasión...

Con su marido no podía contar. Se quedaría en Buenos Aires, esclavo—como siempre—de sus negocios. Bastante había esperado a que sus ocupaciones le dejaran una temporada libre para hacer el soñado viaje a Europa.

Un año las de Locatelli, otro año las de Patifio o las de Moreno, el resultado era que casi todas sus relaciones habían atravesado el Atlántico, y volvían contando maravillas de París, de Suiza, de Monte Carlo... Otras familias, con menos dinero que ellos, habían realizado aquel sueño, lo que resultaba casi intolerable para Catita y Fifina, que, con Gonzalo, constituían la prole de don Clemente, el «gallego» (como le llamaban en Buenos Aires, aunque era castellano viejo), dueño de la tienda «El Porvenir».

El mal paso dado por Gonzalito vino de perlas a doña Isolina y a sus hijas para justificar el viaje a Europa.

—Es necesario—le decían a Clemente—. Si tú no puedes venir, nos sacrificaremos nosotras... Iremos solas, ¡qué remedio! Porque la única solución que tiene lo de Gonzalito es sacarlo de aquí en seguida, cuanto antes mejor, para no vernos obligados a ser cómplices de su locura.

## II

La locura de Gonzalito trafa revuelta a toda la familia. Había producido una verdadera conmoción en el seno del hogar, conmoción de la que participaban todos los parientes y amigos de la casa.

Si, sí... «Aquello» era una locura.

Pero, ¿qué era «aquello»?

«Aquello» era una locura, porque, para todos los que la consideraban como tal, caía fuera de la órbita de sus razonamientos, no cabía dentro de sus cálculos.

Y, sin embargo, no había tal locura, sino que se trataba de algo perfectamente ajustable a la razón, normal y lógico: se trataba del amor de dos criaturas jóvenes, sanas y fuertes.

—¿Cómo, entonces?...

—Muy sencillo: él, Gonzalito, era el hijo de don Clemente, varias veces millonario; y ella era una costurerita, una muchacha «conventillera», que cosía para la tienda «El Porvenir».

Parece que los amores habían ido más lejos de lo que conviene en un caso así para tranquilidad de la familia. Y lo peor era que Gonzalito estaba perdidamente enamorado de la costurerita. Esta era, en realidad, su locura. Porque, contando con su complicidad, hubiera sido fácil salir de aquel mal paso; pero él se había empujado en defender su amor contra todos y en ponerse de parte de su novia pobre, aun a trueque de apartarse de su familia y perder los millones de la herencia—el último gran argumento que su padre había suspendido sobre su cabeza como una espada de Demócles, para hacerle renunciar a su pasión.

Todo parecía inútil, cuando a la madre, a doña Isolina, se le ocurrió lo del viaje. El,

como el único varón de la familia, quitando su padre, debía acompañarlas.

¡Ir a Europa! La sugestión que sobre su espíritu ejercía esta perspectiva, vino en apoyo de los argumentos de su madre. Esta pensaba:

—Este viaje no es el olvido—pensaba él—. A mi vuelta nos amaremos aún más que ahora.

Y se decidió a acompañar a su madre y a sus hermanas.

## III

¡Parecía mentira! Pero, ¿cómo podía gustarle a Gonzalito una muchacha tan pobrecita, tan cursilota?... ¡Si parecía mentira!

La madre solía ilustrar de este modo la opinión ajena:

—Clemente se quejaba de que su hijo no fuera a la tienda, que no se interesara por sus negocios... ¡Ojalá no hubiera ido nunca!

Se lamentaba así doña Isolina, porque Gonzalito había conocido a Alcira en la tienda de su marido. Allí la había conocido, y todos cuantos motivos de desdén y desprecio se argumentaban en casa del muchacho contra ella, habían sido quizás los motivos de seducción que más influyeron en él.

Gonzalito conoció a Alcira en la tienda de su padre, una tarde en que el encargado de la costura le entregaba unas sedas para que hiciera un vestido. Aquella muchacha tenía una singular belleza. No conocía el goce voluptuoso de vestir las sedas que trabajaban sus manos, y, sin embargo, era digna, por su belleza, de vestir las sedas más ricas, de alhajarse como una princesa.

Ninguna de las muchachas que conocía Gonzalito le había interesado como Alcira. La hubiera visto sacar el lápiz rojo del bolso y pintarse los labios, y todo el encanto hubiese quedado roto. Pero no. Los labios de la costurerita tenían, sobre la blancura del rostro, el rojo natural de la sangre, con su frescor de fresa, tan distinto del rojo frío, de laboratorio, de los labios pintados. Comprendió que las muchachas de su clase que frecuentaban su casa, debían pintarse para imitar aquel rojo, o de lo contrario obraban como unas coquetitas inconscientes.

Puesto que despertaba en él todas estas emociones y estos pensamientos, no tenía nada de extraño que, cuando la muchacha se marchó a la calle, con su paquetito de costura, camino de su casa, él la siguiese.

## IV

La costurerita, al principio, se resistió a aceptar la ofrenda de amor del hijo del dueño de «El Porvenir». Sin embargo, su resistencia era sólo una forma de su aceptación.

Entre las emociones agradables que Alcira iba despertando en su alma, contaba la de la primera vez que habló con ella. Fue, en el fondo, una sensación de naturalidad idéntica a la que le produjo su contemplación.

Vivía Alcira en un barrio apartado. Un cuarto de hora de tranvía desde la Avenida de Mayo, y luego varias «cuadras» a pie.

Aunque ella le dijese que no, el diálogo se había iniciado, oyó su voz en palabras que iban dirigidas a él, se extasió mirando de cerca sus ojos, pudo dejar junto a su oído las palabras apasionadas, cual burbujas de un metal precioso puesto a arder en su alma, desde el instante en que vio a la costurerita.

Era noche ya, cuando atravesaron el trozo de arrabal que quedaba desde la parada del tranvía hasta la casa humildísima en que vivía Alcira. Y le pareció a Gonzalito que descubría en aquellos instantes un Buenos Aires inédito para él, algo de su Buenos Aires que desconocía y que estaba lleno de una singular belleza.

Y le pareció que todo aquello estaba impregnado en nieblas de ensueño, que estaba nimbado por un halo de poesía que no había descubierto en ninguna otra parte de la ciudad.

Al principio, la costurerita dijo que no. Pero, ¿qué mujer se resiste al encanto de una pasión así? ¿Cuál es la que rehusa a ser la elegida del corazón de un hombre que viene de lejos, de tan lejos como la distancia que los separaba socialmente al uno del otro?

¿Por qué se había fijado en ella? ¿No había en su mundo mujeres más bellas y más elegantes? Y aun en el caso de que él despreciara a las mujeres de su mundo, ¿cómo entre la infinidad de riaturitas humildes como ella, era ella la señalada para recibir el homenaje de sus encendidas palabras? Estas preguntas eran a modo de un arado que iban abriendo en su alma un surco de amor.

Y no se negó a que Gonzalito la acompañara un día y otro, siempre que volvía a su casa, después de estar en la tienda, donde el muchacho se pasaba las tardes acechando su llegada.

Ningún sentimiento egoísta influyó en la actitud complaciente de Alcira: ni el orgullo de muchacha pobre, al verse galanteada por un hijo de familia millonaria; ni el interés de hacerlo suyo, para cambiar de suerte, para gozar de su fortuna.

Fue al principio un movimiento de simpatía, no exento de gratitud. Pero tantas pruebas de amor le dió el muchacho, que no tardó en contagiarse su pasión. Los mil obstáculos que vio levantarse en el primer momento ante los deseos de él y que le hicieron decir que no, empezaron pronto a ser su mayor incentivo.

Gonzalito tenía diez y ocho años y un espíritu exaltado y romántico, enemigo de andar con tapujos. Además, como no era su intento seducir a Alcira, no tenía por qué disfrazar sus intenciones; y su noviazgo se supo bien pronto, en su casa, en la de ella.

Entonces empezaron los dos a sufrir por su amor; y fue entonces cuando verdaderamente empezó su idilio. Los dos sufrían, combatidos en lo más íntimo, por cuantos les rodeaban. ¿Qué mayor motivo para que se entregaran a su amor con más ardimiento? Cuando no estaban juntos, las personas que convivían con ellos, obstaculizando cuanto podían aquel noviazgo, no dejaban que se olvidasen de su amor ni un instante, y hacían que la llama creciera, creciera, bajo aquel cúmulo de obstáculos con los que querían ahogarla.

Prohibiéndoles que se viesen, aumentaba en ellos el afán de verse. Y esperaban con mayor ansiedad la hora de la cita. El dolor desnudaba a su amor, dejándolo en carne viva.

Pasaron su idilio por todos los parajes apartados y poéticos de Buenos Aires.

La gran ciudad les brindaba bellos refugios, llenos de una dulce poesía—poesía hecha de árboles, de cielo, de soledad y silencio—en los que podían caminar muy juntos, con las manos enla-



zadas, soñando con la eternidad de su amor. De tan lejos como quedaba, se perdía por completo para ellos la voz de sus padres, que les repetían a cada uno la misma canción:

—¡Que no sepa yo que os volvéis a ver!..

Pero llegó un momento en que aquella situación no pudo prolongarse. No bastaba el alimentar en secreto aquel amor, a despecho de todos; era necesario defenderlo contra todos y hacerlo triunfar, a pesar de todo. Porque había perdido la pureza etérea que le permitía vivir en medio de la hostilidad general, sin necesitar de nadie, alimentándose de sí mismo. Su pasión había descendido del reino de las almas, donde tan maravillosamente vivía, al reino de los sentidos, bajo el imperio de la carne.

Y entonces su amor adquirió un carácter dramático. Una inquietud constante dominaba a los dos enamorados. Alcira se abrazaba llorando a su amante, y una pregunta temblaba continuamente en sus labios:

—¿Y ahora? ¿Y ahora?

El, también lleno de inquietud, procuraba tranquilizarla:

—No temas nada. Todo se arreglará.

—¡Nuestro hijo, Gonzalo, nuestro hijo!... ¿Qué ocurrirá cuando se enteren?

—¿Qué quieres que ocurra? Tendrán que transigir.

—¿Ha sido una locura!

—Calla. Quizás haya sido mejor. Ahora nos casaremos en seguida.

—¡Ay!

—No tiembles.

Temblaba Alcira. ¿De felicidad? ¿De miedo? Acaso de las dos cosas a la vez. Temblaba ante lo incierto del porvenir; temblaba de miedo de no poder alcanzar aquella suprema felicidad con que soñaban.

IV

La madre de Gonzalito fué la primera en recibir de labios de su hijo la confesión.

—¿De modo que no contento con desobedecer nuestras órdenes, has abusado de esa muchacha?

—No, madre. No hay abuso. Nos queremos, y eso es todo.

—¡Muy bonito! ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Ahora no cabe hacer más que una cosa: casarme con ella.

—¿Pero, tú estás loco?!

—No, madre, no. Es el único camino a seguir...

—No sabes lo que te dices. ¿Tú te vas a casar con esa desdichada? ¿Tú? ¡Antes me verías muerta! ¿Para eso te he criado yo? ¿Para eso he puesto tantas ilusiones en tí? Eres un chiquillo, un chiquillo inconsciente, al que han sorbido el seso...

En seguida tuvo que repetir Gonzalo las mismas palabras delante de su padre. Se repitió también la misma escena de sombrero y de indignación. Pero don Clemente hizo sentir toda la fuerza de su autoridad con grandes voces, que llenaron toda la casa de un rumor de escándalo. No tardaron las dos hermanas en unirse a la protesta.

—¿Qué se había creído aquel mocoso? ¡Ah! Ellas no consentirían de ningún modo que las pusiera en ridículo... ¡Cursi! ¡Idiota!...

El escándalo trascendió del hogar a las casas vecinas. Y se produjo un acto de verdadera consternación en el núcleo social al que pertenecía la familia de don Clemente.

—Pero, ¿era posible aquello? ¿Era posible?

El motivo de todos los comentarios y de todas las críticas, no era el que Gonzalito hubiese tenido un devaneo con una costurera; ni tampoco les alarmaba mucho el que llegase hasta tener un hijo con ella. Lo que no alcanzaban a comprender, lo que sublevaba a todos, era que tomase tan en serio una aventura así, hasta querer legalizar aquella situación escándalo con ella. ¡Oh, no! A aquello se opondrían los padres, las hermanas, los amigos, los conocidos, to-

dos. Y empezaron una cruzada contra Gonzalito, que se mostraba irreductible, dispuesto a abandonar su casa, a perder los millones del padre, a todo lo que fuera preciso con tal de salvar su amor.

Doña Isolina habló así a su hijo:

—Puesto que tú lo quieres y no hay fuerza humana que pueda sacarte de tu error, sea: te casarán con Alcira...

—¡Madre! ¡Madre mía!..

—Pero, a cambio de esto, yo te voy a pedir un favor, bien pequeño por cierto. Ya que yo he accedido a tus deseos, bien sabe Dios a costa de cuánta violencia, espero que tú no te negarás a acceder a un deseo mío, hace mucho tiempo acariciado.

—Lo que tú quieras, mamáita...

—Que nos acompañes a Europa a mí y a tus hermanas. Ya poco tiempo estarás con nosotras, y si tú no nos acompañas, no podremos ir nunca.

—Os podría acompañar papá.

—Sabes que lo hemos ido retrasando un año y otro, con la esperanza de que él se decidiera a este viaje; pero comprendo que si esperamos a que él se desocupe de sus negocios, no iremos nunca. Cuando tú te cases, tampoco podremos contar contigo, y entonces será cosa de renunciar definitivamente a ese viaje, en el que tanto hemos soñado y con el que las chicas están tan ilusionadas... Accede... ¡Total, son tres meses!

Se acordó el viaje. Hicieron ver a Gonzalito que Alcira quedaba, desde aquel instante, bajo la protección de don Clemente. No tenía que ocuparse de nada. La costurera no cosería ya más que su ajuar de novia. Ahora, a esperar... ¡Total, tres meses!

Y, con la esperanza de que al volver se casaría, de que todo se había arreglado al fin satisfactoriamente, Gonzalito se decidió a emprender aquel viaje con cierto placer. El también había acriciado muchas veces aquel sueño de conocer Europa, y su realización era a modo de preámbulo o prólogo, de la realización de su gran sueño de amor.

V

Europa, para la familia de Gonzalito, era París. Se entendía que visitar Europa era visitar París, y era como si no hubiese estado en Europa aquel que, recorriéndola de un extremo a otro no hubiese estado en París.

Así, pues, París era su objetivo inmediato, la meta de sus sueños.

Desde que el barco que los condujo hasta el Havre, soltó las amarras que lo sujetaban a la dársena del puerto de Buenos Aires, se dijo que tanto doña Isolina como sus hijas Catita y Filina, se habían olvidado en absoluto del conflicto sentimental de Gonzalito, que tan revueltas las traía en la ciudad.

La actitud de la madre y las hermanas chocó al muchacho, pero la atribuyó a la impresión producida por su cambio de vida. Estaban contentas, como si se hubiesen libertado de una grave preocupación, como si se hubiesen quitado de las espaldas un peso que las agobiaba. En cambio, en él se había acentuado la melancolía. Había muchos momentos en que, de haber podido, hubiese vuelto atrás, abandonando en el camino a su madre y a sus hermanas, para ir a reunirse con su novia. En el instante de la despedida, había notado en ella una conmoción tan grande, que estuvo a punto de quedarse. Y aquella desgarradura que notó en Alcira, como si al partirse de su lado por unos meses se partiera para siempre, la sentía en cesiones en su propia carne. Y, cuando buscaba el consuelo de las confidencias a las hermanas, era peor. Le herían en lo más vivo con su léxico punzante de ironía.

—Pero mirá que sos cursi. Pensando en cosas pavadás, cuando vas camino de París...

—Dejála en paz a tu novia, ché. No seas otario y pensá en divertirte. Eso es lo que tenés que hacer...

Y Gonzalito se refugiaba en el salón-

escritorio del trasatlántico, para escribir a Alcira largas cartas.

No olvidó a su novia en París, ni todas las seducciones de la gran capital fueron bastante poderosas para disipar sus íntimos temores y para distraerle de sus melancólicos pensamientos.

Pronto notó que su madre y sus hermanas se hacían las remolonas, que iban retrasando de un día para otro los preparativos de la marcha. Cuando él las apremiaba, doña Isolina procuraba justificar sus retrasos, pero Catita y Filina lo llenaban de improperios. Por gusto de ellas no se irían nunca de París.

—¡Qué tanto fastidiar! Mejor hubiésemos venido solas.

—Mejor—contestaba él—. ¡Ojalá yo me hubiese quedado en Buenos Aires!

La madre lo seguía con una mirada recelosa, como de domador que teme que la fiera amansada se vuelva contra él y descubra sus garras y sus dientes, para defender su libertad.

Para colmo, la madre, a última hora, decidió que, antes de volver a Buenos Aires, irían a Suiza, pues en París le habían recomendado a un especialista de una enfermedad crónica que ella padecía hacia muchísimo tiempo. Ese especialista estaba al frente de un sanatorio, en Ginebra. Se trataba de la salud de su madre, y Gonzalito no pudo negarse a acompañarlas.

Las acompañó, pero ya con la sospecha de que era víctima de un engaño, un engaño que duraba acaso desde que se tramó aquel viaje y cuyas consecuencias no le era dado prever.

Los síntomas no podían ser más reveladores; y había uno sobre todo que le inquietaba profundamente: el que no recibía cartas de Alcira. Al principio, sí; había recibido alguna, dirigida al Consulado argentino en París; pero después, nada. ¿Es que su padre no le había dado su dirección? Porque ellos, según lo convenido, pusieron un cable a don Clemente anunciándole el feliz arribo a la cara Lutecia y dándole las señas del hotel en que se hospedaban.

Gonzalito sufrió entonces todas las torturas de la espera. Se pasaba los días con el alma pendiente de la llegada de los correos de Buenos Aires. Se le iluminaban los ojos y el alma y la vida toda, pensando: —En este barco habrá venido carta de Alcira...

Y, cuanto más angustioso era la espera, mayor era su decepción. Cuando se convenía definitivamente de que no había carta para él, quedaba extenuado, como después de un gran esfuerzo, aplanado, laminado.

La madre procuraba justificar la falta de noticias:

—Ya tendrás carta en otro barco. No hay motivos para que andes tan preocupado; ya sabes que tu padre cuida de ella...

Y luego dejaba caer, como quien no da importancia a lo que dice, estas frases:

—Si no te escribe será porque no quiere... ¡Has tomado muy a pecho este asunto!... Eres muy joven y no sabes todavía lo que es el mundo y lo que son las mujeres...

Doña Isolina, como casi todas las mujeres, cuando en sus opiniones se mezcla el demonio de los celos—celos de madre, de esposa o de amante—se expresaba en términos muy poco halagüeños al juzgar a sus congéneres.

—¿Pero, no va a ser mi mujer?

—¡Ay, hijo mío, qué ciego estás!

VI

Tan pesado se puso Gonzalito en Suiza, que su madre y sus hermanas se vieron obligadas a complacerle en su deseo de regresar cuanto antes. Pero también ahora la complacencia era sólo aparente. Un recurso que le había dictado la astucia a doña Isolina para calmar, aunque sólo fuese momentáneamente, a su hijo.

—Vamos a Barcelona. Allí nos embarcaremos...

Los preparativos del regreso distrajeron

algunos días al muchacho. Tenía la ilusión de que, nada más llegar a Barcelona, se embarcarían en un trasatlántico; más aún: llegaba a imaginarse que el trasatlántico estaba en el puerto, esperándoles; lo que suscitaba en él un estado febril, de agitación.

Fero, su decepción fué grande al ver que a su llegada a Barcelona no había ningún barco pronto a partir para Buenos Aires; y mayor aún, cuando su madre le dijo que en el primero que tenía anunciada su salida no podían embarcarse, pues no le llegaba el dinero que tenía en su poder para los pasajes. Habían gastado sin tasa ni medida, y era preciso esperar un nuevo giro de don Clemente, que llegaría de un momento a otro.

¡Esperar, siempre esperar!... ¿Hasta cuándo?

Andaba por Barcelona como desorientado, como atontado. Con frecuencia sentía una opresión en el pecho, que le hacía detenerse y suspirar hondamente.

\*\*\*

Una noche, llevado por amigos circunstanciales, muchachos argentinos que, como él, estaban dando su «vueltecita» por Europa, aunque sin su dolor y su disgusto, entró en el «Excelsior».

Doña Isolina había recomendado a los nuevos amigos de su hijo:

—A ver si me lo distraen a Gonzalito; porque si sigue así este muchacho va a acabar neurasténico.

Los amigos estaban dispuestos a cumplir gustosos aquel encargo de la madre afligida. ¿Cómo no? Ellos estaban acostumbrados a divertirse porque sí, sin explicación ni justificación ninguna, sin finalidad, por el gusto de divertirse. Y aquella finalidad útil que doña Isolina acababa de marcar a sus diversiones, era como un ingrediente nuevo que les obligaba a mayores excesos y que lo justificaba todo.

Envolvieron a Gonzalito en una ola de alegría ruidosa, de aturdimiento entre infantil y depravado; lo pusieron al borde de la órbita de voluptuosidades, del orbe más bien, que gira alrededor de la calle del Conde del Asalto, que es a modo de un eje. Orbe cuya atmósfera densa de perfumes y humo de cigarrillos egipcios, marea como un vino.

Pero, ya hemos dicho que Gonzalito, aun dentro de aquel mundo, no hacía más que bordearlo. De vez en cuando, por no desentonar demasiado, fingía divertirse. El alcohol, en vez de echar fuera sus preocupaciones, las exacerbaba, hiperestesiando su sentimentalismo.

Entraron en el «Excelsior» después de media noche.

\*\*\*

En tanto sus compañeros bailaban, reían y ponían de manifiesto su alegre sensualidad en picantes diálogos con las «papiilonas», Gonzalito consumía silenciosamente su copa de champán, con los ojos fijos en una mujer que, en una mesa próxima, permanecía silenciosa y triste como él; y, lo que más llamó su atención, sola.

Muchas veces había estado en París en una sala muy semejante a aquella, pero nunca en el estado de ánimo en que entonces se encontraba. Su tristeza habitual se había acentuado con el alcohol, y sentía en todo su ser como un desbordamiento de ternura, como si la ternura fluyese de su corazón hacia todos los poros de su cuerpo y estuviese a punto de irrumpir en lágrimas por sus ojos.

Fué por eso quizás por lo que se sintió unido con un hilo de simpatía hacia aquella mujer, solitaria y triste como él, en medio de la ruidosa alegría del «cabaret». Sus ojos soñadores, lejanos, fueron el imán de sus miradas.

Y, a la salida del «Excelsior», dejó que sus amigos se marcharan, con alegres compañeras, en un «auto» que escandalizaba con sus bocinazos el despertar apacible y

soñoliento de la ciudad, para unirse al con la bella y melancólica desconocida del «cabaret».

Las miradas habían ahorrado ya mucho camino a las palabras, y se encontraron juntos insensiblemente, andando por las Ramblas el uno al lado del otro.

Gonzalito tenía necesidad de deshacerse de aquella carga de tristeza que pesaba sobre su corazón, demasiado pesada para un solo corazón. Y habló a su circunstancial compañero del dolor de vivir, de las crueldades del destino, de los sueños de felicidad que nunca se alcanzan...

Limaba bien su pesimismo exagerado de los diez y ocho años, nacido al primer choque de un alma romántica con la realidad, con el pesimismo maduro, silencioso y escéptico de la mujer otoñal que iba a su lado, con el alma cargada de amarga experiencia. Y sus dos almas se juntaron en el alba de oro de la ciudad, sonora de cantos de pájaros, que unían sus voces innumerables, como si repiquetearan con sus duros y agudos picos en el fino cristal de la mañana.

\*\*\*

En el gabinetito coquetón de la mujer galante, Gonzalo pareció despertar. Había llegado hasta allí en un ofuscamiento de sentimentalismo, ganado por el calor de intimidad que le prestaba aquella mujer y por el consuelo que difundía en su alma el sentirse comprendido y compadecido.

Es claro que a aquella mujer le hablaba de su pena en términos vagos. No entraba con ella en explicaciones, bastándole con que aceptase y compartiese su estado de ánimo. Aquello ya era bastante para él. Pero, al traspasar los umbrales de su alcoba, comprendió que su intimidad había entrado en una zona que rebasaba los límites de las emociones espirituales. Le sobrecogió un íntimo terror y tembló como un niño perdido en mitad de un bosque.

Aquel estado anormal en que se encontraba, creado por todas las emociones de la noche, hizo crisis al fin. Su doble embriaguez, de alcohol y de ternura, se manifestó al fin abiertamente, de un modo físico, derribando su cuerpo, sacudido por el llanto, en un sillón. La mujer que le acompañaba, acostumbrada sin duda a ver cosas más extrañas que aquella en su vida, hizo apenas una leve mueca de asombro, y se acercó a él para consolarle. Era morfomana y le ofreció a Gonzalito su dulce veneno para calmar sus nervios y aquietar su espíritu. El aceptó. Lo que ella quisiera... Cualquier cosa, con tal de acabar con aquel estado desastroso en que se encontraba...

La mujer cargó la «Pravaz» primero para ella, como para estimularle con su ejemplo; luego, con la jeringuilla cargada de nuevo, pinchó las carnes del muchacho, iniciándolo en el misterio terrible y delicioso, en la victoria sobre la vida y el dolor, victoria que tan cara hacen pagar al dolor y la vida.

VII

Casi veinticuatro horas estuvo Gonzalito sin aparecer por el hotel. Aquella ausencia no inquietaba lo más mínimo a su madre y a sus hermanas. Al contrario, sentían como un alivio, que se reflejaba en esta exclamación:

—¡Al fin!... ¡Oh, sí! Aquello significaba que se decidía al fin a salir de sí mismo; que la coraza de virtud y castidad en que se había envuelto para mejor guardar su amor a Alcira se resquebrajaba al fin.

Pero, para que su tranquilidad no fuese absoluta, aquella misma tarde las había enviado el cónsul de la Argentina una carta llegada al Consulado para Gonzalo. En el sobre, que estaba lleno de tachaduras, letras distintas, sellos y mata-sellos, vieron las mujeres que la dirección primera estaba puesta por Alcira. Aquella carta había seguido una trayectoria bastante accidentada: primero París, luego Ginebra, y

por último, Barcelona, hasta dar, por fin, con su destinatario.

—¡Luego dirán que las cartas se pierden!... pensó doña Isolina con rabia—¿Cómo no se ha perdido ésta, con lo que ha andado de un lado para otro?

\*\*\*

Gonzalito notaba que algo había cambiado fundamentalmente en su vida. Todo cuanto le rodeaba la parecía extraño, como si lo viese por primera vez. Sensación extraña, pero placentera al mismo tiempo.

Camino del hotel, buscando una justificación a su ausencia, notó que las ideas se le iban, con una sensación casi física. Prefería no pensar. Y entonces experimentó por primera vez una impresión que luego iría a buscar con frecuencia: la de vivir como un vegetal, sin pensar en nada, sin goces y sin dolores, sintiendo sólo, como una apacible felicidad, la caricia del aire que lo envolvía.

Era como si entre su vida de hoy y la de ayer, la de hacía unas horas nada más, el tiempo hubiese corrido vertiginosamente, estableciendo una distancia inconmensurable.

En aquel estado de ánimo producido por la morfina, llegó al hotel. Sus hermanas habían salido de paseo, y encontró solamente a su madre, que le recibió sin un reproche, sin una pregunta indiscreta. Se limitó a observar disimuladamente a su hijo. Le dio la carta.

La letra de Alcira tuvo la virtud de despertar en él todas sus potencias vitales. Su naturaleza reaccionaba ante aquel sobre tanto tiempo esperado, que ahora temblaba en su mano, contagiado de la agitación de sus nervios.

Pero aquella carta... ¡Ay, ojalá no la hubiese recibido! Parecía bajo el influjo de una pesadilla, por las deformaciones de la letra y por los conceptos que contenía. Pero no; era—sencillamente—que estaba escrita en un instante de inmenso dolor y de desesperación sin límites. Las primeras frases quedaron durante largo rato bailando ante sus ojos: «Ya no me queda nada, nada de nuestro amor. Primero te perdí a tí, tuve el convencimiento, en cuanto me anunciaste tu marcha, de que te perdía para siempre, de que te me robaban. Pero me quedaba tu hijo, nuestra hijo, el hijo de nuestro amor, y también lo he perdido, antes de nacer...»

El hijo, en el que los dos habían soñado tanto en horas ilusionadas, no era más que un sueño; la fatalidad había querido que no fuese más que un sueño.

Alcira le contaba que había estado a la muerte y que aprovechaba aquel momento de lucidez para escribirle, pues estaba segura de no sobrevivir a aquella desgracia. Era como la carta de un condenado a muerte, que lanza su grito de amor antes de que el verdugo apriete su cuello.

También después de leer la carta de su amada, Gonzalito gritó su desesperación, con voces entrecortadas por los sollozos. Se puso como un loco; pero allí estaba su madre para consolarlo.

—No es para tanto, hijo. Serénate. Ya no hay motivo para que te pongas así. Fíjate en la fecha de esa carta: tiene casi tres meses. Y mira esta carta de tu padre, llegada ayer mismo y escrita hace veinte días. Lee, lee...

Y doña Isolina alargaba a su hijo la última carta que había recibido de su marido. Como Gonzalito se resistiera a leerla, pues no tenía ojos más que para mirar las palabras escritas por Alcira, la madre le aborreció aquel trabajo:

—Mira, mira lo que dice aquí Clemente: Que esa desgraciada está ya completamente bien, resignada con su suerte; y que empieza a comprender que lo ocurrido, bien mirado, es lo mejor que podía pasar para la tranquilidad de todos...

—¡Eh?!

—¿Crees que te engaño? Lee. Eres un chiquillo que no sabe nada de la vida... Y dice más todavía. Dice que la muchacha

está mejor en relaciones con Nicasio, ese empleado de nuestra tienda, que es del mismo pueblo que tu padre; y que también que seguramente se casarán y él ascenderá a Nicasio; que una vez casados lo pondrá al frente de la Sucursal de Chescomús...

El dolor inmenso de Gonzalo se tocó en estupor. Fue como si a una claridad súbita de relámpago, entrase la verdad. Pero, al mismo tiempo, se sintió herido por el rayo, que aquella claridad traía en su seno, y cayó sin sentido en brazos de su madre.

Fue un ligero desmayo, producido por la debilidad en que se encontraba—desde la noche anterior no había probado bocado, pues la morfina le hacía repeler todo alimento—y la violencia de las emociones sufridas.

Se acordó. Vino el médico, que le recetó descanso y reconstituyentes. La madre y las hermanas vigilaban, solícitas, a su alrededor.

—Se curará—pensaban—; se curará de su mala pasión.

A media noche, cuando dormían tranquilas su madre y sus hermanas, Gonzalito se levantó sigilosamente, impulsado por una fuerza extraña nueva que nacía en él: un deseo, una especie de sed que lo dominaba.

Repuesto del rudo golpe recibido, cuando quiso poner en orden sus pensamientos, empezó a flotar sobre ellos, como sobre un mar tempestuoso, la imagen de la mujer encontrada la noche anterior en el «Excelsior». Y no era que se impusiese por su seducción carnal, no; nada más lejos de las sensaciones de Gonzalo. La seducción venía también del espíritu de aquella mujer—prezo de tristeza—que le ofrecía el consuelo de sus aguas envenenadas.

Se vistió sigilosamente y sigilosamente salió del departamento del hotel en que se albergaban, encaminándose hacia el «cabaret». No iba en busca de la mujer, sino de la morfina. Una fuerza nueva le tenía de pie, y lo impulsaba. Una fuerza nueva que era una sed nueva; sed de olvido.

VIII

«Huyendo del mal, de improviso se entra en el mal por la puerta del paraíso artificial.»

Ya parecía curado Gonzalo de su pasión por la costurerita. Aceptaba los hechos, como resultado de una fatalidad irremediable. ¿De dónde provenía su resignación y conformidad? Su madre y sus hermanas creían que de algún nuevo amor, o por lo menos, de una aventura de «cabarete». Pero, de una aventura o amorío de esta especie no tenían nada que temer. Aquel hijo costaba a doña Isolina bastante más dinero que antes, pero atendía gustosa a todas sus necesidades con tal de que se distrajera y olvidase...

Nada más anochecer, salía Gonzalito del hotel y ya no volvía hasta la madrugada. Díjase que la noche lo embrujaba, lo envolvía en su negra capa bordada de estrellas de oro, lo llevaba a su reino maravilloso y extenuante, y al hacerse de día terminaba su hechizo, dejándolo de nuevo en su albergue.

Lo único que inquietaba ahora a su madre era el verme siempre desganado, con el rostro descolorido y los labios exangües.

Doña Isolina pensó en seguida en una mujer. Pero se equivocaba. La mujer, le interesaba de modo bien secundario. La que le interesaba en el gusto por la morfina, o cualquier otra, le era lo mismo. Lo que le interesaba sí, era la morfina. Pronto se informó de todos los medios y subterfugios empleados para conseguirla clandestinamente; y ya no necesitó de la mujer, aunque le gustaba inyectarse el veneno en su compañía, como en un deseo inconsciente de ser un cómplice; o por un imperativo, también inconsciente, de su costumbre, pues que una mujer estuvo a su lado cuando

gustó por primera vez aquella nueva sensación, que de modo tan absoluto lo había hecho su esclavo.

La madre, viendo que aquella nueva vida agostaba rápidamente la juventud de Gonzalo, y temiendo por su salud, creyó llegado el momento de volver a Buenos Aires, pues según las últimas noticias de su marido, a aquellas horas estaría ya casada y lejos de la capital. Pero Gonzalito no tenía entonces ninguna gana de volver y el viaje hubo de retrasarse por su causa.

Desde hacía algún tiempo costaba Dios y ayuda, según decía doña Isolina, que su hijo se despertase. Pero aquella tarde, por más que hacían, no lograban que abriese los ojos. Pocas veces pudo decirse con más exactitud que el sueño es imagen de la muerte. Y el escalofrío de terror que produce la muerte, fue el que corrió por el cuerpo de la madre y las hermanas. Alarmadas, llorando, llamaron a un médico.

El caso era grave, pero no había que desesperar. No se trataba de la muerte, sino de una pausa de la vida. Doña Isolina oyó de labios del médico la terrible sentencia: Su hijo era morfímano. Y del abuso de la morfina padecía una intoxicación capaz de matar a cualquier otra persona cuyo organismo no estuviese tan acostumbrado como el suyo al veneno.

Era necesario curarlo. El médico propuso que le llevaran a un sanatorio; pero la madre y las hermanas prefirieron curarle en casa. ¿Qué era necesario una gran severidad en el régimen y una continua vigilancia? Para eso estaban allí ellas. Sentían una gran conmiseración por el muchacho, una conmiseración no exenta de remordimientos, por las causas que le habían llevado a aquel estado.

La curación no adelantaba nada. El médico, al comprobarlo, diagnosticó que el muchacho seguía tomando morfina. La madre y las hermanas aseguraban que aquello no podía ser posible, pues ellas no le perdían de vista ni un instante, si salía a la calle era con ellas, y estaban seguras de que en su poder no tenía ninguna jeringuilla y no había medio de que se proporcionase la morfina.

—Pues es necesario vigilarle aún más—dijo el médico—. Los síntomas no dejan lugar a dudas.

Por la noche, le espionaron por el ojo de la cerradura cuando se quedó a solas en su alcoba para acostarse. Vió doña Isolina con cuánta delectación cogía una linterna eléctrica que tenía sobre la mesa de noche; y vió cómo la desmontaba sacando de su interior, una «Pravaz» en vez de la pila eléctrica. ¿Quién podía pensar en aquel subterfugio!

La madre, sin saber qué hacer, desolada, esperó al día siguiente para comunicar al médico su descubrimiento. Le fue cogida su linterna eléctrica, que él había convertido en tan discreto depósito de su vicio; y doña Isolina lloró y suplicó a su hijo para que renunciara a aquel veneno que era para él la muerte y para ella el martirio.

Seguía el médico su proceso de desmorfización del enfermo, pero sin resultado alguno. Pasaban los días sin que se advirtiese ningún síntoma que hiciera confiar en la eficacia de la curación. Y el médico volvió a diagnosticar:

—Este muchacho sigue tomando morfina.

—Pero si no es posible, doctor; si no ve a nadie, ni habla con nadie, como no sea en nuestra presencia; si no hay cosa en su cuarto y en sus bolsillos que no sea revisada por nosotras; si no hay un movimiento suyo que escape a nuestras miradas... Lo de la linterna no puede repetirse.

El médico volvió a afirmar que los sín-

tomos no dejaban lugar a dudas; y las hablas de las sutilezas de que se valen los morfímanos para el engaño de los demás y la satisfacción de su vicio. La madre, desesperada, se llevaba las manos a la cabeza:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Sería preciso vigilarlo hasta cuando durmiese.

Todo duerme, o parece dormir en el departamento ocupado por los argentinos. Ni un ruido, ni un rumor. Sin embargo, en la obscuridad y el silencio, actúan los dos personajes de aquel drama: la madre y el hijo. El en su lecho, contando los minutos que pasan; ella detrás de la puerta, inmóvil, procurando ahogar el ruido de su respiración.

El tiempo lento, lento, hace que los minutos tengan una extensión de siglos.

De pronto, un ruido... Si, no cabe duda: Gonzalo se levanta de la cama, anda por la habitación... Doña Isolina pega el oído a la puerta, mira por el agujero de la cerradura... Pero no ve nada. Su hijo se mueve en la más completa obscuridad. Pero ella quiere ver, y pasa unos momentos de suprema angustia, pegada a la puerta, que al fin abre bruscamente, dando vuelta a la llave de la luz.

Gonzalito está echado en el suelo. Una parte de la alfombra que cubre el piso está levantada.

En el momento en que doña Isolina ha dado luz a la habitación, su hijo sacaba una baldosa, y en la cavidad del pequeño cuadrilátero que quedaba al descubierto, se distinguía perfectamente un objeto brillante: la «Pravaz». La mano de Gonzalo que iba a cogerla, se detuvo, y levantó la cabeza, en un gesto defensivo ante el instruso que lo sorprendía.

Volvía su madre a descubrir su secreto; pero, lo que no descubrió es cómo su hijo conseguía la morfina. El muchacho había encontrado la fórmula, a base de astucia y dinero; siempre que daba a limpiar sus zapatos en el hotel traían en su interior las ampollitas por las cuales en determinados momentos hubiese dado hasta su vida.

Doña Isolina, conteniendo los gritos de desesperación que pugnaban por salir de sus labios, se detuvo en la puerta, como si midiera con un gesto de horror toda la extensión de su desgracia.

Gonzalo, repuesto de su primera impresión, alargó la mano, en un gesto de avarencia y avidez, para coger la jeringa de las inyecciones. La madre entonces, abalanzándose a su hijo, gimió sordamente:

—¡No!... ¡No!...

El muchacho se puso en pie de un salto, apretando en su mano el objeto de sus ansias. Y se apareció ante los ojos de su madre, transfigurado, con un gesto de fiereza y rencor. Se comprendía que en aquel instante hubiese llegado hasta los más abominables extremos, hasta el crimen, por defender aquel tubito brillante que encerraba en su mano.

Hubo un breve forcejeo entre la madre y el hijo. Este, fuera de sí, loco, la hizo caer de un empujón. Y aprovechó aquellos segundos de libertad para clavar el agudo pico de la jeringuilla—breve sierpe de metal y vidrio—en su carne. Después que hubo hecho esto febrilmente, con un gesto de infinita voluptuosidad, se echó en la cama, como si ya no le quedara nada más que hacer, resoplando como un animal herido.

La madre, con los ojos dilatados por el horror, lloraba con el desconuelo con que se llora sólo por las desgracias irremediables. Sin saber fijamente lo que ocurría, alarmadas por los ruidos y rumores que llegaban a sus oídos, Catita y Fifina entraron precipitadamente en la habitación del hermano. A sus interrogaciones, la madre sólo respondía entre hipoes de llanto:

—¡Mejor hubiese sido dejarle que se casara con Alcira! ¡Mejor hubiese sido!...

# La «Cruz de la Actividad»

por DOMINGO DE FUENMAYOR

Sería un infame, faltaría a la Ley de Dios, que prohíbe a todo cristiano levantar falsos testimonios y mentir, quien negara que Lesmes Iturzaeta, propietario del gran bazar «Al León dorado» junto al puerto, en Vilalmar, era un buen hombre.

Por otra parte, es tan frívola la humanidad de la época, que tal vez algunos, sin creer en la bondad de Lesmes, no se molestaran en negarla. Y es que al hecho de ser un buen hombre, no se le concede la necesaria importancia en estos tiempos, sobre los que el cielo debería dejar caer el fuego de su indignación.

Bueno, pero, al fin y al cabo, no eran pocos los vilalmarinos que por Lesmes Iturzaeta sentían un como sentimiento de devoción.

Lo merecía el hombre; juro que lo merecía. Para darme la razón, no tiene el lector sino recordar los sucesos luctuosos de los últimos veinte años.

El naufragio de la goleta «Joven Antonia», por ejemplo. O el incendio del «Cine Triación». O la riada del 10 de Septiembre de 1906. ¿Quién sino Lesmes Iturzaeta, fué el iniciador de suscripciones populares para socorrer a las víctimas del agua y del fuego, y a sus familiares?

Todos, hasta los más reacios a reconocer méritos ajenos, lo recordaréis perfectamente. Después de cada fecha de duelo para Vilalmar, Lesmes Iturzaeta paseaba en su landó por las calles de la villa, a unos niños enlutados, precedido de una atronadora charanga. O bien organizaba, en el teatro del Patronato, una velada literario-musical, en la que tiernos infantes recitaban poesías conturbadoras, alusivas al drama y a las buenas almas. Diréis que jamás, en tales versos, se encontró la consonante a óbolo; cierto, pero ello no quita valor alguno a los buenos sentimientos de Iturzaeta.

¿Pues, y su amplio criterio para fiar los géneros de «Al León Dorado». A mí mismo—no me sonroja el confesarlo—tardó seis meses en cobrarme unos zapatos de becerro que adquirí en su almacén, os lo aseguro.

Ciudadanos como Lesmes Iturzaeta, son los que hacen falta en la península. Recordad su vida y su obra.

Llegó a Vilalmar a los dieciséis años, con ocho duros y un pasaporte emigratorio, que no utilizó. Enamorado de los cacahuets, en ellos empleó su capital de cuarenta pesetas. No pudo comer sino por valor de treinta y una, escasamente. Vendió la restante mercancía y adquirió más con el producto.

A los tres meses, Lesmes Iturzaeta, había estropeado su estómago; pero había podido aun adquirir un pequeño barco en miniatura con ruedas. Os parecerá, a poco que hagáis memoria, que todavía lo estáis viendo con su vaporcito, voceando, además de

la mercancía primitiva, chufas, altramuces y palo dulce.

Un año más tarde, el barco terrestre y ambulante, había anclado, convirtiéndose en un puesto donde lucían algunos cocos, semejantes a esas cabezas que pinta Regidor.

Cimentóse el puesto, y nació «Al León dorado». Dos lustros más tarde, Lesmes Iturzaeta, era padre de seis criaturas, concejal del Ayuntamiento y accionista de «Exportadoras Reunidas, S. A.»

Su vida, empero, para los que tenemos del trabajo una visión escéptica, no era muy agradable. Dormía muy poco, comía muy poco, vestía descuidadamente y trabajaba mucho. Apenas si podía dedicar diez minutos a nuestra antigua tertulia del «Café Miramar» y muy rara era la tarde de domingo que asistía a la función del Patronato. Incluso dejó de jugar al billar, aun siendo este noble juego una de las pasiones de su vida.

Era inútil que le instásemos a dar un poquitin al César, de lo mucho que a Dios le daba.

—Vas a enfermar, trabajas excesivamente, amigo—le decíamos; pero él no nos hacía ningún caso.

Tuvo su premio. Es natural que tuviera su premio. Recién creada por el Gobierno la «Cruz de la Actividad», a Lesmes Iturzaeta, Concejal del Excelentísimo Ayuntamiento de Vilalmar, del Comercio, le fué concedido uno de los primeros ejemplares de tan honrosa condecoración. Con ella al cuello, formó en la procesión del Corpus, y fué mirado con admiración por las gentes.

—He aquí un hombre modelo—decían los padres de familia, señalándolo a sus hijos, mientras pasaba Lesmes serio, serio, serio.

La verdad, es esta: Lesmes Iturzaeta, desde que se vió condecorado, no volvió a reír. El hombre francote y llano que era, trocósese un ciudadano estirado y orgulloso.

Cambió de vida, además, dejándose influir por la vanidad, como cualquier espíritu de poco más o menos. Sus ausencias del Café fueron espaciándose y llegó a asistir dos noches en una misma semana, con el consiguiente escándalo y murmuraciones de los amigos. Por serlo yo en gran manera, me creí obligado a llamarle a capítulo:

—Mira, Lesmes—le dije—, empieza a murmurarse de ti.

—¿A murmurarse de mí?—No comprendo... Si yo...

La turbación que le embarazaba, denotaba bien claramente que reconocía su falta. Así, pues, le animé:

—No, si la cosa no es grave... Es decir, no será grave, a poco que para evitarlo pongas de tu parte.

—Tú dirás. Estoy dispuesto a todo, por conservar mi buen nombre.

—Pues es necesario que vuelvas a ser lo que antes; que no descuides tus asuntos...

Doliéndome mucho, debo declarar que en aquel momento Lesmes Iturzaeta comenzó a reír cínicamente.

—¿Pero hablar en serio?—dijo—. «Vamos hombre!... Decirme que descuido mis asuntos a mí, que me levanto a las siete de la mañana, que me acuesto sonada ya la media noche, y que no estoy inactivo un solo instante en tan larga jornada!... ¡Es cosa de reirse!...

—No, no es cosa de reirse, amigo mío. No niego que hay un fondo de verdad en lo que dices; pero también es cierto que vas demasiado por el Café, que tu nombre, ha aparecido varias veces como solucionista de los pasatiempos de «Blanco y Negro» y que anteanoche... recuerda lo que propusiste anteanoche al juez municipal.

—No lo recuerdo, de verdad.

—Pues es grave, amigo: «Con qué gusto echaría ahora una partidita de carambolas», fueron tus palabras.

—Hombre, pues no le veo...

—Pues por eso, porque no le ves la importancia que tiene, y aún estás a tiempo de enmendarte, es por lo que te hablo yo, que soy un buen amigo tuyo. Abre los ojos, Lesmes. Estás faltando a la confianza que en tí depositaron las fuerzas vivas de Vilalmar, pidiendo a los altos Poderes del Estado que te fuera concedida la «Cruz de la Actividad». Un hombre que puede lucir tan preciada condecoración, sólo siendo un cínico, se permitirá asistir al Café dos noches en una misma semana; sólo olvidando caprichosamente la dignidad de su investidura, propondrá a una autoridad dignísima, como es el juez municipal, perder el tiempo subrepticamente jugando al billar. Y no digamos nada de los geroglíficos...

Lesmes Iturzaeta, había palidecido y su rostro estaba abatido, como el de quien oye repetir en voz alta los reproches que le ha hecho muchas veces su propia conciencia.

—Me enmendaré, procuraré enmendarme—murmuró emocionado—. Tienes razón, tienes mucha razón. Gracias, gracias...

\*\*\*

Pero al cabo de unos meses, pudieron más en él sus ansias de jolgorio y de vagancia, que su propósito de enmienda. Lesmes Iturzaeta, apareció ahorcado una mañana en la trastienda de «Al León dorado». Para quitarse la vida, se había colgado del rojo cordón de la «Cruz de la Actividad», en sangrienta burla de las fuerzas vivas de Vilalmar, las que, por desgracia, vieron demasiado tarde que Lesmes Iturzaeta era un canalla y un desaprensivo.

## La Biblioteca de don Agustín Massana en nuestro Archivo Municipal

por MACARIO GOLFERICHS

Don Agustín Massana descendía del antiguo «Forn de Sant Jaume», y uno de sus antepasados, corredor de vales reales, dió la vida por España cuando la ocupación francesa. Su padre era el fundador de una acreditada pastelería de la calle de Fernando, y con trabajo y economía pudo llegar a ser uno de los mayores capitalistas de Barcelona. Su hijo Agustín, casi siempre enfermo, dejó el negocio en manos de sus antiguos dependientes y dedicóse por completo a sus aficiones de bibliófilo, recogiendo en particular obras de indumentaria, cuya afición sentía con pasión de enamorado.

Era curioso verle en la librería Verdguer discutiendo y hablando con todos, y en el Ateneo hojeando libros y pidiendo noticias bibliográficas, pero donde Massana esta-

ba en su centro era en su biblioteca del entresuelo de la Rambla, sirviendo libros a quien le consultaba y teniendo en estos últimos tiempos por bibliotecaria a una Hermana de la Caridad, ya que su enfermedad cada día se acentuaba, haciéndole sufrir sin que de él se escapara una sola queja.

Su colección de libros flamencos y alemanes, con sus iluminadas procesiones, coronaciones o entierros reales es única. La de libros franceses de indumentaria es completa. Pero donde Massana ponía su amor y su alma era en la colección de «caucos», de aleruyas de soldados, en las viñetas de los «romances», en las copias a la acuarela que mandaba hacer de cuadros y miniaturas y el cuidado con que recogía todo lo referente a indumentaria, en particular trajes barceloneses, de modo que

su colección es una historia gráfica documentada de los trajes de nuestras clases sociales en el siglo XIX y de los uniformes del Ejército, Marina, Municipio y Diputación. Al legar su biblioteca a Barcelona, le ha legado su vida, consagrada a formarla, estudiarla y aumentarla, de modo que Barcelona puede enorgullecerse de que un patricio haya formado lo que no ha hecho ninguna corporación oficial. Ni siquiera la villa de París tiene en su Museo Carnavalet colección tan completa.

No sólo legó Massana la biblioteca; dejó una fuerte suma para instalación, conservación y prosecución del principiado objeto, y el Ayuntamiento, al destinar la sala del ángulo de la Casa del Arcediano, convertida en Archivo Municipal, ha correspondido a los deseos del donador.

### La vida intelectual en París

## La curiosidad por la vida de los grandes hombres

por ADOLFO FALGAIROLLE

Hace poco tiempo se celebró el centenario de Ronsard. Unos sellos especiales, bastante feos por cierto, propagaron la efígie del poeta. Verdad es que, en el estado polvoriento en que se encuentra no puede hacer víctimas entre las jóvenes que lo miran... Pero esta hermosa tranquilidad que yo afirmo la desmiente un libro nuevo. Pierre de Nolhac publica en casa Hachette «La Vie Amoureuse de Ronsard». Casandra Salviatti, cantando ante el rey una canción tan embrujadora, que Ronsard la recuerda toda su vida; María, de quien generaciones enteras de escolares han aprendido a hacer el elogio en hermosos versos, hiló su rucra entre nosotros... Pero en España se interesarán por los amores de Ronsard por Elena, la descendiente de Fonseca, quien al casarse con una francesa se convirtió en señor de la Baronía de Annis. Esta musa de origen español encanta al poeta y sus amores reviven magníficamente en las Tullerías; en Fontainebleau, etc..., bajo la pluma poética y erudita de M. de Nolhac.

La vida de los grandes hombres! ¡de los pasados o de los casi vivos, qué tema tan de moda!... Paul Desanges y Luc Mériga buscan el símbolo de los nuevos tiempos en la vida de Jaurés (Editorial Cres) y creo yo que en España este reformador será objeto de estudio y el libro de lectura, pues lo merece, aun si el lector no admite la doctrina del difunto socialista.

Los sabios son también objeto de la curiosidad pública. El inventor del radium «Pierre Curie» se nos presenta, y se adivina con qué ferviente y tierna aplicación, por medio de la misma Madame Curie en la colección de Grandes Hombres de Francia (Editorial Payot). Los enamorados de la ciencia leerán esta novela vivida y palpitante del descubrimiento de la picroelectricidad por Curie. Verán cómo el maravilloso metal fué descubierto por el sabio solo y sin la ayuda del Estado!!!

Y los que, costosos, están siempre enamorados de gloria en mar o tierra, los descendientes de antiguos marines que ilustraron la historia de la Marina mundial, escogerán para libro de cabecera «La vida y la muerte de Derouléde», de Jerome y Juan Taraud. (Editado por Plon Nourrit.) De ningún modo es este libro, como pueden creer algunos, una defensa de un hombre que ha sido visto como belicoso y calvino, sino todo lo contrario, es el retrato de un ciudadano valiente que osó recordar a un pueblo dormido en las delicias de la paz la amenaza de la próxima guerra. Sabéis la respuesta que se le dirigió a Derouléde entusiasta: «Joven, Francia muere; no turbes su agonía». Y el hombre que se atrevió a pronunciar este horror fué Renán. Después de esto, juzgad, lectores, el valor que necesitó Derouléde para despertar a un país latino dormido en las delicias de la paz...

La curiosidad de los «chercheurs» no se arredra ante obstáculos. Hasta los muertos más antiguos son objeto de su curiosidad. Y no solamente por sus actos que algunos documentos pueden reflejar, sino también por todo lo más sutil de sus vidas; su persona física. El doctor Cabanés, especialista en la materia, después de toda una biblioteca sobre las sujetos de medicina póstuma, nos da (editado por Albin Michel) un nuevo libro intitulado: «El Infierno de la Historia». Nos cuenta la historia trágica de María Stuardo, reina asesinada legalmente por católica, por los puritanos protestantes. Al contrario, el sabio médico destruye la leyenda que quiere representarnos a Lucrecia Borgia como una cortesana. La desgraciada joven no tuvo más que la mala suerte de verse mezclada en mil historias trágicas y en un ambiente podrido (como existen además de Roma y de París, y cuyos prestigios no son ni católicos ni ltrinos, sino médicos y de países puritanos) y de ser calumniada viva

y después de muerta sobre todo. El restablecer las cosas a su puesto, sin pasión, es el trabajo del doctor Cabanés, trabajo interesante y noble. Hermoso liberalismo de erudito.

Otro medio de conocer los íntimos pensamientos de los grandes hombres es el de sus diarios, respecto a los que lo hicieron naturalmente. Este es el caso del escritor que ha influido más sobre la formación del espíritu moderno del Naturalismo: la concentración de la impresión y la esterilización del estilo, quiero decir Jules Renard. Pues Jules Renard era un escritor de la grande raza, de los que no escribían para ganar su vida, sino al contrario, porque tenían algo nuevo que decir. Lector amigo, si gustas del pensamiento fuerte, pensamiento concentrado en una frase hasta el punto de parecer romper las palabras, si gustas de la expresión filtrada, condensada, de la nota filosófica o de la observación social, lee el «Journal Inédit» de Jules Renard. El primer volumen (1887-95) contiene la revelación de la vida íntima familiar de Jules Renard, impresiones y movimientos, paisajes anotados por una palabra, proyecto de cuentos, notas que utilizará luego, reflexiones filosóficas, ironías siempre a base de belleza y bondad de fin, aunque expresadas amargamente. El segundo volumen (1896-99) tiene, además, recuerdos de ambientes literarios, anécdotas con las que un escritor hubiera hecho volúmenes enteros. En fin, estos dos libros están tan llenos, tan ricos, que no hay más que un medio para dar una idea de ello: Dar en algún número extraordinario de EL DIA GRAFICO algunos extractos, si puedo yo llegar a traducir en puro español toda la concisión del difunto maestro. Lo que no podré explicar será la presentación de la edición, absolutamente digna de los grandes editores del siglo XVII, y que honra a Francois Bernouard.

París, 12 mayo.

Tragedia de amor

El gran desvarío

# La Tumba de Inés de Castro

por RIVERA-ROVIRA

Alcobaca, es una villa portuguesa de alto renombre histórico y monumental. La Orden opulenta de los frailes bernardos elevó allí, hará dos siglos, con fueros de maravilla, un cenobio admirable. La nave elegantísima, el claustro, la sacristía, los campanarios, la sala capitular, la fachada, son dignos de mención. En una capilla lateral existen las tumbas, cinceladas bellamente en sutil randilla de piedra blanca como el mármol, donde reposan los huesos profanados del Rey Pedro «el Cruel» y de su amante la desventurada Inés de Castro, «la que reinó después de morir», recibiendo el homenaje trágico de los grandes vasallos como desagravio a los tormentos que sufrió la mísera y mezquina princesa.

Una leyenda tejida de lágrimas y sangre, tema conmovido de los poetas del siglo XVII y de los artistas caetáneos y posteriores, de tanto relieve, encanto y poesía como la leyenda de aquella inefable y santa Isabel de Aragón, mujer de D. Dinís, que hizo el milagro de transformar el pan de los pobres en una olorosa haldada de rosas frescas. Voy a relatar en líneas sencillas el caso histórico que tanto ha exaltado la fantasía de las gentes.

Casóse el infante don Pedro con doña Constanza, prima del Rey de Castilla, y entre las damas de honor que acompañaban a la novia, destacábase la hermosa Inés. Don Pedro pierdesse de amores por ella, y en tanto extremo, que su esposa y su padre lo sospechan. Búscase un valladar a tan apasionada inclinación, cuyo platonismo existió, según las crónicas, hasta la muerte de doña Constanza, pero nada consigue apagar tan violento amor.

Muerta la esposa, desaparecían todos los obstáculos religiosos, y don Pedro, ya libre, podía entregarse, amoroso, a su amada, objeto de su íntima adoración. De esa unión nacen hijos que más y más estrechan y encantan a los amantes. Inés era hija bastarda de un hidalgo castellano, poderoso y rico, y don Pedro vivía íntimamente con dos hermanos de su amada, a los que dió nobleza y tierras, y rodeábase de una Corte particular en la que predominaba el elemento castellano.

Este hecho y la existencia de los hijos de Inés de Castro juntándose a la negativa del príncipe a contraer segundo matrimonio, removieron, en esos tiempos, el odio y adhesión de los portugueses por los castellanos, que veían en la preponderancia y prestigio de éstos en la Corte del príncipe real, un peligro para la paz y la seguridad del Reino.

Algunos hidalgos exponen al Rey ese peligro previsto, y con repetida y tenaz insistencia sugieren a Alfonso IV la expatriación o la muerte de la bella amante de su hijo. Este, retirándola del palacio real y haciéndola ingresar en el convento de Santa Clara, de Coimbra, procuraba alejarla de sus muchos enemigos y creía tenerla segura y al abrigo de cualquier imprevista violencia.

No disminuían entre los dos amantes los mayores excesos de ternura, y es en la propia clausura que más se poetiza y engrandece la leyenda. Altos muros le vedaban la adorada amante, y entonces, para sosegar su pasión, escribía cartas ardientes que confiaba a la pureza de las aguas de un arroyuelo que atravesaba la huerta conventual, y que en su murmullo suave y dulce las transportaban a la bienamada. Y ella, nostálgica y tímida, esperaba, bajo los sauces, con una ansiedad llena de tristes incer-

tezas, las noticias de su amado príncipe. Entretanto, la terrible tormenta que había de sacrificar a la bella Inés, aproximábase más cada día.

Alfonso IV, instado repetidamente, cede por fin a las tenebrosas exigencias de sus cortesanos. Y un día, informado de que su hijo cazaba lejos de Coimbra, sale de Montemor-o-Velho, acompañado de los hidalgos Pero Coelho, Alvaro Gonçalves, Diego Lopes Pacheco y otros áulicos, y siniestramente dirígense a Coimbra, al recogimiento que abrigada a Inés de Castro. Esta, avisada de la llegada del Rey, sale a su encuentro acompañada de sus hijos y llena de lágrimas, febril y angustiada, se arroja a sus pies y como una dolorosa implora piedad por los inocentes, perdón por el amado.

El bravo Alfonso quiere perdonar, lleno de piedad y conmovido ante la hermosura y el infinito amor de aquella desventurada. Quiere perdonar, pero no puede. Opónense a ello los hidalgos que le acompañan. Insisten en la muerte de Inés con violencia y odio. El Rey cede e Inés es asesinada.

Muere Alfonso IV. Don Pedro sube al Trono y piensa en vengar a la amada muerta. Declara con testigos haberse casado con ella clandestinamente. Traslada con un fausto maravilloso el cuerpo de Inés en la tumba magnífica que hizo construir en el monasterio de Alcobaca, llamando a su Corte a los más hábiles artifices del mundo. La sienta en un Trono, como a Reina, ordena su coronación y obliga a sus súbditos a rendirle pleito y homenaje de vasallos. Empieza a desarrollar el plan oculto durante años de su venganza implacable.

Recelando esa venganza, huyeron a Castilla los asesinos de Inés. Hasta allí les persigue la saña del Rey. Celebrando un tratado de extradición mutua con el Rey castellano, son entregados al soberano portugués Pero Coelho y Alvaro Gonçalves, escapando Diego Lopez Pacheco por haber sido avisado por un mendigo. Ejecuta en aquéllos la más bárbara venganza sometiéndolos a torturas y haciéndoles arrancar el corazón: al uno, por el pecho, y al otro por la espalda. Cogiendo con sus manos trémulas aquellas entrañas palpitantes, se las lleva a la boca y las muerde con loca furia.

Vengado ya, vuelve a su manía y angustia: la muerte. Hace construir para él una tumba exactamente igual a la de Inés, a su lado, contrapeada, a fin de que—según cogitaba y pretendía el enamorado Rey—cuando se irguieran de las tumbas, el día del Juicio Final, los cuerpos de los amantes, en el delirio secular de sus amores ardientes, se encontraran inmediatamente sus miradas.

Años después, don Pedro murió repentinamente de un extraño dolor, sin tiempo casi para confesarse. Pero Dios Nuestro Señor, que mucho lo amaba por haber él también amado mucho en este mundo, le hizo la gracia de resucitarlo un momento para declarar un pecado olvidado en su hora postrera. Reposó ante la amada, allí en la capilla gótica de la nave que cruza el templo de Alcobaca. Y dícese que por las noches silenciosas y sombrías, a horas muertas, vése sobre las tumbas cómo se animan, en fosforescente niebla blancuzca, las figuras de los reales amantes, y, oyese, de uno a otro sepulcro, el murmullo sereno y dulcísimo de sus voces como el cantar del riego entre las hierbas o como el saltitar de los pájaros sobre la hojarasca otoñal...

¿Quién fué el artista genial que bordó ese poema de piedra que son las tumbas de

Inés de Castro y don Pedro «el Cruel»? En la edícula inferior del rosetón de la tumba de don Pedro, junto a la inscripción, supremo adiós de los amantes: «ATE A FIM DO MUNDO», pero al otro lado resulta una marca que debe ser la sigla del desconocido autor de las tumbas maravillosas: «Hasta el fin del mundo». Juntos, los dos amantes, cara a cara, para poderse cruzar sus miradas eternamente dentro del sepulcro de piedra: «até a fim do mundo». En catalán también se diría así: «a fin», y no «el fin», como dicen hoy castellanos y portugueses.

En la inscripción, con el manifiesto error de género gramatical, indica vagamente que el artífice que lo grabó procedía de un país cuyo lenguaje daba al sustantivo «fin» un origen genérico femenino. Ese país es Cataluña. En catalán, diríase: «fins la fi del mon». ¿Sería, tal vez, un artista catalán el autor de aquellas miríficas tumbas reales? ¿Por qué no? Desde el casamiento de don Dinís con Isabel de Aragón, las relaciones entre Portugal y Cataluña fueron intensas y cordiales. La princesa catalana, al casarse con el Rey portugués, hizo acompañar de una Corte brillantísima de nobles, trovadores, artistas y guerreros. Don Dinís, arrastrado por esa influencia, hízose trovador y rima sus «cantares de amigos» como un poeta provenzal: es el discípulo predilecto de Aymeric d'Ebrard.

Antero de Figueiredo, que ha historizado como nadie la vida de los protagonistas de ese desvarío de amor, afirma rotundamente que el autor de las tumbas es peninsular. «¿Fueron los maestros vizcaínos o aragoneses, en aquellos tiempos los de más fama en tierras de España?—pregunta. ¿Quién lo sabe? Tal vez fueron discípulos de aquellos que en Pontevedra construyeron el monumento del almirante Puyo Gomez; en Gerona, el sarcófago de San Narciso; en la vieja Catedral de León, el de Ordoño II, y el de Gonzalo de Añojos, en la de Burgos. Serían de la misma escuela de los maestros catalanes, ornamentadores del coro de la Catedral de Gerona, de los retablos de la de Lérida y de la capilla real de Santa Agueda, de Barcelona? ¿Quién sabe! Y más lejos, añade: «Sean vizcaínos, aragoneses o catalanes—peninsulares, con o sin seguridad—, los estatuarios que imaginaron y ejecutaron la tumba de Inés de Castro, esos artistas poseyeron el ingenio, o mejor la emocionante inspiración de, sirviéndose de los temas religiosos y de los elementos decorativos más o menos convencionales y rígidos de que disponía la Edad Media para las ornamentaciones tumulares; de los tímpanos y retablos de sus iglesias, esos artistas poseyeron, a más de una técnica perfecta, el ingenio de prestar al monumento una tal fisonomía de delicadeza, de gracia y de dulce melancolía, que se admira perfectamente y revelaba la más próxima comprensión de esta tragedia de amor.»

Es precisamente en eso, en esta cabal interpretación, en esta comprensión del alma portuguesa, en lo que halló la afirmación y la creencia de que fueran catalanes los artífices creadores de las tumbas de Alcobaca. De todos los pueblos peninsulares son Portugal y Cataluña—la «Saudade» y el «nyonament»—aquellos de más íntimas simpatías espirituales. El artista que labó los bloques de piedra calcárea extruados de la sierra de los Molinos, tenía que ser un poeta: un poeta que sabía arrancar con el pico de la piedra dura, sonos, imágenes y sentimientos, como si pulsara las cuerdas de la lira apolínea.

De nuestra inventud

Las divertidas madrugadas del «Lion d'Or»  
y el gran Duque de Orleans, que cierra  
el último acorde de «La Farigola»,  
de Borrás de Palau

por RAFAEL MORAGAS

Cuando el Lion d'Or era el restaurant modelo para cobijar a los noctámbulos— a los que el graciosísimo Manolo Planas calificaba de «matinámbulos»— existían unas cuantas peñas en las que el ingenio se desbordaba a cataratas. A la hora de la salida de los teatros se congregaba un mundo alegre, divertido y pintoresco. Ante un grupo de amigos, una madrugada Santiago Rusiñol soltó uno de los chistes más asombrosos que ha dicho en su vida.

Relataba el gran Santiago a Paco Coll y León y a Vilalta—fundador éste del «Lion», como lo fué más tarde del «Refectorium»— que había realizado un viaje por la provincia de Gerona. Rusiñol, en una fonda de un pueblo, halló a una vieja, a la que conocía por haberle servido en un fonducho, hacía años.

Santiago se interesó por su salud, así como por la de su marido. La viejecilla contestó:

—«Senyor Rusiñol, la meva salut, li diré, anem fent, pero el meu marit es mort.»

—«¿Y aixó?»—preguntó Santiago—, «¿de qué va morir?»

—«Ya li diré»—agregó la vieja—, «va morir d'un mal sobtat... Li varen dar garrot.»

\*\*\*

En una de aquellas mesas nos reuníamos con el actor Ricardo Calvo, Pahissa, Alejandro Soler, Paco Labarta, Francisco Pujols, el «cavaliere Peipoc» y unos cuantos más. «Peius»—el enorme Pompeyo Gener, aparecía por allí todas las madrugadas. Tocábase con el chambergo, de sus hombros colgaba el abrigo, del brazo pendía un bastón cayado, e invariablemente llevaba en la mano izquierda un libro y un paqueto, que por lo común contenía o café en grano o huevos frescos.

«Peius», a nosotros, nos llamaba sudamericanoamente «la feliz muchacha».

Una noche, mientras hojeábamos la «Ilustración Francesa», nuestro filósofo fijó sus ojos en una fotografía que ocupaba la primera página.

—«¡Ah!»—exclamó Pompeyo Gener—, es el rey Cristián de Dinamarca. Ya sé que ha muerto, y ayer mandé una carta a la real familia. Habíamos sido muy amigos.»

Una mirada inteligente se cruzó rápidamente entre nosotros, sin que «Peius» la sorprendiera.

—«¿Cómo! ¿Has conocido a reyes?»—preguntamos.

Y «Peius», sin inmutarse, contestó:

—«Cuatro.»

—«Los de la baraja»—subrayó Paco Labarta.

—«No, no, nada de cartas»—fué diciendo «Peius». «He conocido a don Pedro del Brasil, a Pedro de Serbia, que tiene un palacio tan modesto, que parece «a can Joan de Miramar»; a Sisowat, el que fué a la exposición de París, acompañado de las bailarinas ananitas, y a éste, al rey Cristián de Dinamarca, que era muy buena persona y campechano. ¡No tenéis idea de qué demócrata era! Terminadas las ceremonias palaciegas, dejaba el cetro y colgaba la corona—(se están viendo en el perchero de un recibidor los reales atributos)—y se iba a dar una vuelta, a flanear por las calles de Copenhague. Yo le conocí haciendo tertulia en casa de un sastre...»

\*\*\*

Lo expuesto más arriba será o no verdad, puesto que la fantasía de Pompeyo Gener se codeaba con la del famoso Tartarin de Tarascón. «¡La fuerza del sol del Mediodía, que lo abulta todo y deforma y engrandece»—que escribió Alfonso Daudet. Gener pudo o no haber conocido al soberano de Dinamarca, pero lo que sí es cierto—y mi querido compañero Paco Aguirre de ello se acuerda perfectamente—que una noche, que en el salón del piso principal del Gran Hotel de las Cuatro Naciones cenábamos a última hora con la celebrada soprano Conchita Supervía, acaeció algo insólito.

Nos hallábamos con la artista, en unión de nuestro querido amigo y compañero don José María Pascual, del gran tenor Francisco Viñas, de don Julio Marial, del maestro Eduardo Mascheroni, de Joaquín Pena, el concejal Dessy y Martos, de Alejandro Soler, de Arturo Pedrals, del maestro Sabater, del crítico Borrás de Palau y de algunas otras personas anificadoras de la Supervía.

A eso de la una de la madrugada, Viñas cantó en catalán el racconto de «Lohengrin»; Mascheroni acompañó a la gran cantante «aria» se agregaron los deliciosos «Clabero de Sevilla»—que la Supervía cantaba sin agregarle un quiquiriquí y tal como la

compuso Rossini para mezzo-soprano—, a esta «aria» se agregaron los deliciosos «Clavelitos», de Quinto Valverde, que acompañó al piano el maestro Sabater, así como también fueron interpretadas otras canciones.

Después, yo me apoderé del piano y con esa acreditada maestría con que interpreto y que da la impresión de que sostengo una cuestión personal con el teclado, acompañé a Alejandro Soler—completamente improvisados—unos «couplets» ingleses, unas romanzas cursis de salón y un concertante de ópera italiana macarrónica, con sus fermatas imprescindibles y sus correspondientes crescendos y calderones.

El reloj marcaba las tres y veinte minutos de la madrugada. A esa hora suplicamos a nuestro compañero en la Prensa, el ilustrado crítico y fecundo maestro don Juan Borrás de Palau, que nos hiciera oír las campesinas notas de su popularizada canción «La Farigola».

Borrás de Palau se sentó al piano y con voz dulce—posee una media voz nuestro buen amigo que arrulla—comenzó a cantar la primera estrofa, y cuando llegó el estribillo, lo cantamos todos los presentes a coro, con gran contentamiento del inspirado y complaciente autor. El reloj marcó las tres y media y sonaron dos pequeñas campanadas. No obstante lo avanzado de la hora, el autor de «La Farigola» la emprendió con la segunda estrofa y nosotros con el estribillo.

Apenas cayó el último acorde, que por cierto lo calderoneamos, llamaron con los nudillos a la puerta del salón.

—«Adelante»—dijo la Supervía.

Entró «Ogenio»—el famoso Eugenio, «maitre» de las Cuatro Naciones—, y ceremoniosamente y con acento marcadamente italiano, dijo:

—«Perdone la «signora» Supervía, pero en la habitación del dado «si trova», aunque se está divirtiendo mucho, el gran duque de Orleans, ruega a los señores artistas que le dejen dormir, nada más que unas horas, porque sale en el tren de lujo de las siete de la mañana.»

Inmediatamente callamos, pues puso fin al improvisado concierto nada menos que el gran duque de Orleans.